

MIS ENCUENTROS CON RAQUEL LANSEOS

**Al escribir este artículo, me recreo interpretando la poética
dedicatoria que me regaló con su libro Croniria: «Gracias por estos
sueños sin tiempo». Sueños, ilusiones, deseos, búsquedas de sentido.
Sin tiempo...**

Dr. JOSÉ LUIS BIMBELA PEDROLA. IDEAL, sábado, 1 junio 2019

Mis encuentros con Raquel Lanseros (Filóloga, poeta y traductora. Premio Andalucía de la Crítica) siempre me impactan emocionalmente, me dejan huella. Oírla leyendo sus poemas o verla «en vivo y en directo» declamando sus versos son experiencias inolvidables. Y ahora, al escribir este artículo, me recreo interpretando la poética dedicatoria que me regaló con su libro Croniria: «Gracias por estos sueños sin tiempo». Sueños, ilusiones, deseos, búsquedas de sentido. Sin tiempo...

«Escribo para curarme» afirma, valiente, la poeta Elvira Sastre. Sí, escribir ayuda a sanar. Muy recientemente he descubierto, gracias a Paco Ibáñez, que Beatriz Beloqui (¡poeta también!) proponía bailar «tu cólera»; y, claro, recordé inmediatamente aquella energizante escena en la película 'Billy Elliot', en la que el protagonista bailaba su ira, creaba y... sanaba. También Macaco, cantante y compositor, siempre positivo, nos anima (nunca mejor dicho escuchando el ritmo contagioso de su canción) a «bailar la pena», con un conjunto de mensajes empoderadores muy interesantes. Y para acabar de redondearlo, descubro en Granada un grafiti que afirma «Al mal tiempo, buenas cumbias». Demasiadas coincidencias. Reviso mis propias experiencias al respecto. Y concluyo: Sí, bailar ayuda a sanar.

Con todo ello me atrevo a plantear una reflexión: el arte sana a quien lo crea, a quien lo produce. Y, a veces, también sana a quien lo recibe, a quien lo percibe, a quien conmueve. Es más, si no cumple alguna de estas dos

sanaciones, no es arte. Podrá ser una ocurrencia, un negocio o un divertimento. Pero no arte. Admito que compartí, entusiasmado y expectante, esta reflexión con Raquel. Y me gustó que le gustara. Sonrió.

Y sigo descubriendo maravillas: el arte usado como tabla de salvación para personas con estrés postraumático. Una fantástica iniciativa que el Museo Nacional de Arte de Catalunya está desarrollando con el Hospital Valle de Hebrón de Barcelona, para tratar a mujeres refugiadas e inmigrantes con estrés postraumático. Y aquí, en Granada, innovadoras y sanadoras intervenciones con personas que sufren Alzheimer y otras demencias, de la mano de mi admirado colega Pepe Olmedo y su emocionante proyecto 'Música para despertar'.

Y digo más, el arte puede llegar a dar sentido a una vida. Por cierto, «sentido», otra 's' estupenda, para añadir a la lista que vamos confeccionando en estos artículos mensuales. Ruego al lector interesado revise los cuatro anteriores, los dedicados a Adela Cortina, Ramón Bayés, Chantal Maillard y Javier Ruibal. Comentaba recientemente Gavin Moss, famoso DJ (disc-jockey, pinchadiscos) y productor musical: «Hasta que no descubrí la música no tuve rumbo hacia nada». Qué importante será acompañar, respetuosamente, a nuestros jóvenes en su búsqueda (a veces, desesperada; frecuentemente angustiada) de sus dones y talentos, de sus pasiones. Para que toda esa energía que les desborda, tantas veces desbordada, tenga un sentido, una dirección, un objetivo más saludable y sanador.

El arte, tan ligado a la espiritualidad y a la elaboración de relatos que logren dar un sentido a la vida. Ese arte que implica la suma de inspiración (esas ideas maravillosas que nos ponen en marcha) y de transpiración (ese esfuerzo, ese «sudar la camiseta» imprescindible para crear). Que las musas, cuando vengan, nos pillen trabajando, diría Picasso. Y me encanta que este principio fundamental lo tengan tan claro hasta en las escuelas de negocios, cuando afirman (¿provocadores?) que el talento no existe, que el talento son 10.000 horas de práctica. A lo que yo, humildemente, me voy a permitir añadir: y de

autocrítica. Pues todos conocemos el caso de aquellas personas que llevan años y años haciendo lo mismo y no han mejorado ni un ápice; al contrario, con el paso del tiempo han ido «bajando la guardia» y cada vez lo hacen peor, con menos dedicación y menor calidad. La mejoría implica autocrítica. Una autocrítica respetuosa con uno mismo. Esa autocrítica que, como me sugirieron sabiamente en el debate posterior a la conferencia que impartí en el Hospital Universitario Insular de Gran Canaria, podríamos denominar «amorosa». Dicho y escrito, queda. Al César lo que es del César. Y a Canarias viaja, pues, este agradecido reconocimiento.

Y sigamos, un poco más, con el arte y la creación. En estos tiempos de tanta expansión de la meditación y de tanto éxito del mindfulness, la escritora Mardía Herrero proclama convencida: «Escribir es para mí una experiencia más honda incluso que rezar o meditar». Tomo nota. Sigo reflexionando y pienso en 'mis' poetas de referencia, y aparecen curiosas paradojas. Mis poetas de juventud: Gabriel Celaya, Leopoldo M. Panero, y Jaime Gil de Biedma (hombres). Mis poetas de madurez: Luis García Montero, José Hierro, y Juan Gil-Albert (¡hombres también!). Y ahora, en plena adultez, surgen, potentes y vigorosas, fuertes e inspiradoras, ellas, las jóvenes poetas de mi aquí y de mi ahora, de mi presente: Elvira Sastre, Elena Medel y, muy especialmente, Raquel Lanseros ¡¿Qué (me) está pasando?! Les prometo reflexionar al respecto, con calma y en silencio. Y, mientras tanto, aprovecho para proponerles (preguntándoles, claro): ¿Y si intentamos convertir nuestra propia vida en nuestra mejor obra de arte? ¿Será cierto que todos y todas nacemos artistas?

¿Una recomendación? La lectura (en voz alta y sin prisas, por favor) de los poemas que componen el libro con el que empezó a tomar forma (sin yo saberlo aún) este artículo: Croniria, publicado por Hiperión en 2009; y por el que Raquel fue galardonada con el Premio Internacional Antonio Machado.

